

# LA JUSTICIA QUE NO LO ES

## El delito

El 19 de diciembre de 1969, a la hora de cerrar, entra un individuo en una farmacia del boulevard Richard Lenoir. Sacando una pistola, exige de la farmacéutica, madame Aubert, la entrega del dinero de la caja. En aquel momento entra un cliente. El atracador, nervioso, le encadena a su vez y le conmina también a vaciarse los bolsillos. El recién llegado, monsieur Trocard, le entrega lo que lleva, pero, por azoramiento, comete el error de adelantar las dos manos en el momento de dárselo. Y empieza la tragedia; este gesto consigue romper los nervios del asaltante, que dispara sobre monsieur Trocard, y a continuación, sobre madame Aubert y su empleada, madame Delaunay. Se precipita hacia la calle, donde el policía Guinet, que ha oído los disparos, se le echa encima; los dos hombres forcejean unos momentos sobre el pavimento, hasta que el fugitivo dispara a bocajarro sobre el policía y huye. Las dos mujeres han muerto, y Trocard y Guinet deben ser hospitalizados por sus heridas. Se han disparado once balas, y los periódicos del día siguiente dejan constancia de un portadocumentos negro abandonado por el agresor en su precipitación.

## La detención

El 8 de abril de 1970, Pierre Goldmann se dirige a casa de un amigo. A las 18,30 horas, aproximadamente, es interceptado y detenido por un grupo de policías en el Carrefour de l'Odeon, en pleno centro de París. Su detención se ha efectuado gracias a la delación de un confidente, hasta hoy desconocido. Lo que sigue es la versión policial de los hechos: Sin aclararle los motivos de su detención, conducen a Goldmann a los locales de la Criminal. Le llevan ante el inspector Leclerc, el cual le pregunta si conoce el sector de la Bastilla (donde se encuentra el lugar del múltiple crimen), y sin que le mencio-

nen nada, Goldmann se apresura a afirmar que si lo han arrastrado hasta allí por el asunto del boulevard Lenoir, él no tiene nada que ver con eso. En cambio, declara espontáneamente ser el autor de tres atracos efectuados entre septiembre del 69 y enero del 70. Días después, el 11 de abril, es confrontado con los testigos presenciales del hecho según las normas, es decir, entre varios policías vestidos como él y en sus mismas condiciones físicas, y es reconocido por ellos. Goldmann niega toda participación, pero las pruebas son consideradas suficientes, y Pierre es encarcelado en espera de juicio. Un juicio que va a tardar cincuenta y seis meses en llegar.

## El itinerario

Nace el 6 de junio de 1944, de padres resistentes. Su padre es además judío.

La vida de Pierre Goldmann sorprende por el rigor implacable de su itinerario, en el que sus acciones jamás traicionan ni desmienten sus convicciones más profundas y sus ideas. Después de haber pasado por el liceo y tomado parte activa en las luchas de la época Sorbona, en los cursos de Filosofía, milita en grupos situados a la izquierda del Partido Comunista Francés hasta su disolución o su absorción por este último. Llega el momento del servicio de las armas, y Goldmann no acude a la llamada. En 1966 deja Francia, y desde Polonia, donde vive ahora su madre, se embarca para Estados Unidos, con el fin de dirigirse desde allí hacia América Latina, donde sabe que se está jugando una baza importante de la revolución. Es detenido por la Policía americana por carencia de pasaporte y devuelto a Europa.

Mayo del 68 le sorprende en París, donde debe circular con precauciones, a causa de su incumplimiento del servicio militar. Pero es años atrás que Goldmann ha soñado con aquello: en febrero del 64 había organizado una ocupación de la Sorbona, que ha-

bía fracasado. Ahora es demasiado tarde para él, su compromiso existencial está en otra parte, y sus directrices le siguen marcando en este momento: América Latina. Son los años de la guerrilla y del «Che», y las posibilidades que ofrece Europa, aun con mayo del 68, para la acción revolucionaria le parecen irrisorias. Toma contacto con militantes venezolanos, y esta vez consigue su propósito. Durante año y medio participa en el combate revolucionario en Venezuela y en Colombia. Cuando vuelve, es con la amarga conciencia de que la guerrilla sudamericana ha fracasado.

¿Qué va a hacer este hombre y qué alternativa va a tomar frente a las condiciones que imperan en esta Francia, reencontrada y sufrida de nuevo? Los tres atracos son su respuesta.

Durante su estancia en la prisión de Fresnes reemprende sus estudios, y obtiene la licenciatura en Español y en Filosofía. Actualmente está trabajando en dos tesis para el doctorado en estas mismas especialidades y prepara a los detenidos que quieren estudiar el Bachillerato.

## El proceso

El 9 de diciembre se puede decir que empieza el esclarecimiento de los hechos, el que prueba el grado de cinismo que puede alcanzar una sociedad, que se defiende y necesita víctimas propiciatorias para exorcizar el miedo.

Goldmann organiza su propia defensa. Le asisten los abogados Pollack, Liebman, Grumbach y Marianne Merleau-Ponty.

La acusación se apoya en las siguientes pruebas:

1.ª La denuncia de un «confidente», cuya identidad la Policía se ha negado constantemente a publicar, alegando que al ser llamado a declarar quedaría automáticamente «quemado», y que quedan pocos confidentes como para permitirse ese lujo.

2.ª La afirmación de Goldmann de que él no había participado para nada en la matanza

del Boulevard Lenoir antes de que se le mencionara, confesando para probarlo los restantes tres atracos.

3.ª El reconocimiento formal de Goldmann por los testigos Trocard y Quinet, y por los testigos accidentales desde sus ventanas y quienes se cruzaron con el atracador por la calle mientras huía.

En cuanto al primer punto, la repetida negativa de la Policía a aportar a quien forzosamente debiera ser considerado como testigo y, en consecuencia, llamado a declarar, constituye una barrera insalvable. Ahora bien, Pierre Goldmann sabe quién ha sido el que le ha denunciado y sabe qué razones ha tenido para ello. No quiere dar su nombre, rigiéndose por una regla de conducta invariable, que explícita en la carta que es reproducida más adelante. Dice de él que si le ha denunciado, es que tiene buenas razones para pensar que, en efecto, fuera él el asaltante de la farmacia. Y las razones son las siguientes:

El 19 de diciembre de 1969 encuentra a su futuro delator y se separa de él. Este hombre está enterado de que Goldmann se dirige al Metro de Saint-Paul (relativamente cercano al lugar de los hechos) y de que lleva en su portadocumentos negro una pistola Herstal, una de los pocos modelos que puede contener hasta 14 balas, y esto es lo que al día siguiente, confrontando con la que disparó once balas y el portadocumentos negro abandonado, mueve a este hombre a la convicción de que el autor del golpe no podía ser más que Goldmann.

Ahora bien, de lo que nos informaban los periódicos era de que, según se ha sabido después, las once balas fueron disparadas por dos pistolas diferentes, y el portadocumentos negro había sido recogido en la farmacia misma. Por otra parte, ni la Herstal de Goldmann ni su otra pistola encontrada después dispararon las balas de Richard Lenoir, según el informe de los expertos en balística.

El fiscal conviene en esto, y señala que la fuerza de la incul-

pación reside en el reconocimiento de los testigos.

Las reglas de este reconocimiento, que la Policía asegura haber cumplido, establecen que debe tener lugar colocando al sospechoso entre varios policías con idéntica indumentaria y en las mismas condiciones físicas, y que debe ser tomada una foto como prueba de su cumplimiento.

El aparato de fotografiar de la Policía estaba estropeado ese día, lo cual imposibilitó esta medida, y Pierre Goldmann declara que, efectivamente, fue colocado entre varios policías... con la única diferencia de que él llevaba una barba de varios días.

El encargado de que así hubiera sido sube al estrado, balbucea, se contradice. Además, en un artículo de «France Soir», del 11 de abril, se puede leer la salida de Goldmann de los locales de la Brigada Criminal. En él se dice que «estaba sin afeitarse».

Finalmente, el propio procurador general, Langlois, no puede por menos que admitir que «para mí, personalmente, está demostrado que Pierre Goldmann no estaba afeitado en el momento de la presentación».

Desfilan los testigos:

*Trocard*, el cliente, está hoy muerto. Cuando reconoció a Goldmann, el 11 de abril, había visto ya su foto en los periódicos el día anterior, lo cual figura explícitamente en las actas.

*Quinet*, el policía, era en el momento de producirse el crimen simple agente desde hacía cuatro meses. Hoy es cabo en el gabinete del prefecto. En el mismo momento en que lo levantaban del suelo, herido, varias personas, le oyeron decir: «Es un mulato». Hoy no se acuerda. Reconoce inmediatamente a Goldmann entre los que le rodean... después de haberle visto pasar delante suyo, unas horas antes, esposado y rodeado de policías. En el proceso comete un «lapsus»: «Designé el número que me habían designado».

*Mlle. Ioualitene* tropezó con el criminal, que «tenía los cabellos ondulados», pero señala a Goldmann, que los tiene completamente lacios, y un psicólogo que sube al estrado señala que mademoiselle Ioualitene, en la sala de los testigos, se ha estado repitiendo por anticipado su declaración, como si de aprenderse una lección se tratara.

*Mlle. Lecoq* también le vio, pero desde la otra acera, lo

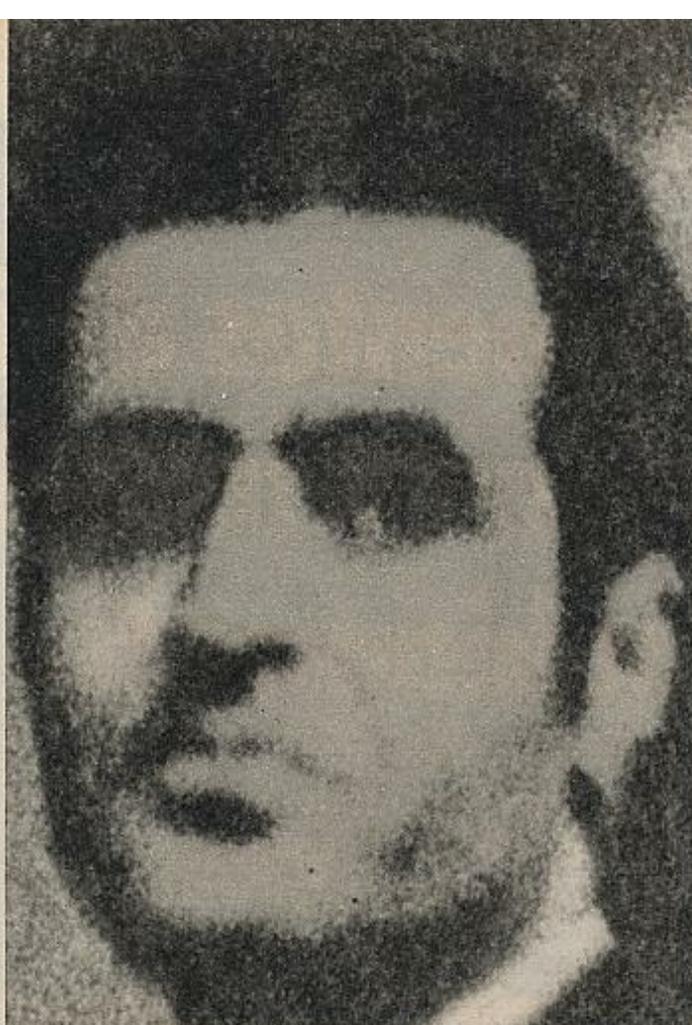
cual ha confirmado el *doctor Pluvinège*, que un 19 de diciembre, a las 20,30 horas, en un boulevard deficientemente iluminado, a cuarenta y cinco metros y desde un cuarto piso lo vio todo.

Acude asimismo un testigo de signo diferente, *Joël Lautric*, el cual declara que el 19 de diciembre, a esta hora, Goldmann se encontraba en su casa. Señala las precisiones que le ratifican en la certeza de que era realmente este día, y no otro. El presidente del Tribunal, Brunschweig, le pregunta por qué es la primera vez en cinco años que sus declaraciones son tan tajantes, a lo que Lautric responde que en sus declaraciones a la Policía había señalado todo lo que hoy decía, pero que ésta no lo había hecho constar. La Policía, por su parte, desmiente la acusación. Y como testigos menores, hay que escuchar a varias personas llevadas allí con el único fin de ensuciar la reputación de Goldmann, y que no guardan relación ninguna con el tema tratado, y entre los cuales, Goldmann señala a dos como confidentes de la Policía,

cosa que ésta no puede contradecir.

He aquí el argumento de la supuesta «autoacusación» de Goldmann, basado en su simple narración de los acontecimientos, narración que ningún miembro de las fuerzas policiales se ha atrevido a desmentir:

El día 8 de abril, Goldmann es conducido a los locales de la Policía, e informado de que se trata de la «criminal», pregunta a un policía por qué está allí, y no recibe respuesta. Entonces, otro, a pocos metros de él, se sirve de un teléfono, y Goldmann oye perfectamente: «Acabamos de echar el guante al tipo de Richard Lenoir». Otro agente, que entra en la habitación en aquel preciso instante, y que ha escuchado la conversación telefónica, dice: «¡Toma!, ¿eres tú?, pues no tienes cara de mulato». Tras un breve intervalo le llevan a ser interrogado por el inspector Leclerc, y es cuando éste le pregunta sobre el barrio de la Bastilla, y Goldman contesta: «Quiero precisar ante todo que yo no tengo nada que ver con la carnicería de Richard Lenoir».



Pierre Goldmann: Un culpable ideal.

El presidente Brunschweig afirma que este punto de la acusación está definitivamente cerrado, y que el Tribunal no lo va a tomar en consideración. El primer día del proceso, los psiquiatras han confirmado para conocimiento general que Goldmann no está loco, y todos han expresado su convencimiento unánime de sus cualidades humanas e intelectuales. Por su parte, la acusación privada —pero no el procurador Langlois— ha llevado a cabo una campaña sistemática en torno a la condición de «izquierdista peligroso» de Goldmann. Ha venido tachando a éste de «revolucionario profesional», con miras a relacionar estas monstruosidades con la de la matanza de la farmacia.

Langlois, curiosamente, considera como prueba definitiva el que los testigos de los tres atracos confesados por Goldmann lo hayan reconocido, lo que, según él, demuestra la correspondencia con el hecho de que también lo hayan reconocido los testigos del boulevard Richard Lenoir. Langlois prescinde de detalles tan sumamente significativos como el que sigue: Mlle. Ioualitene, acuciada a preguntas respecto a qué era lo que recordaba exactamente, declara que el hombre que tropezó con ella estaba peleándose un poco antes con un «agente de la circulación», refiriéndose al policía Guinet. Pues bien... el policía Guinet, en esta ocasión, ¡estaba de paisano!

Como observación complementaria, pero no menos reveladora, cuenta la de que uno de estos tres atracos fue realizado el 20 de diciembre. Cuesta imaginarse al autor de una fechoría de tal calibre con la calma suficiente como para perpetrar una nueva al día siguiente.

Incluso una persona con tanta sangre fría como Pierre Goldmann, puesto que quien la tuviera en dosis tal altas difícilmente habría perdido los estribos tan fácilmente en esta ocasión. Pero hay más: En otro de estos tres atracos, dispararon contra Pierre Goldmann, quien ni aun así hizo uso de su arma, que él afirma que llevaba siempre descargada.

En la perorata final, el abogado Pollack, dirigiéndose a su cliente, pronuncia estas palabras: «Goldmann: Usted ha dicho que su padre le ha declarado inocente, que sus amigos le han declarado inocente. Pero hay un hombre al que no le ha hecho usted esa pre-



## LA JUSTICIA QUE NO LO ES

gunta; ese hombre soy yo. Para mi también, usted es inocente de los asesinatos de los que se le acusa. Nunca, en cuarenta años de carrera, he estado, como en este momento, convencido de la inocencia de mi cliente. Si me equivoco esta noche, es que me he equivocado en todo durante toda mi vida. Que me he equivocado de profesión, de amigos, que ni siquiera puedo estar seguro de los seres que amo».

Monsieur Langlois, a su vez, hace una reconstrucción verbal del desarrollo de los hechos; presenta a Goldmann como el agresor y proclama su convencimiento de la culpabilidad, para quien solicita una pena «que no sea inferior a la de cadena perpetua».

Los jurados se retiran a deliberar.

### El manifiesto

Carta de Goldmann a la opinión pública, hecha pública en los primeros días del proceso.

«He decidido no hacer comparecer a ningún testigo para mi defensa. Por una parte, considero que mi total inocencia es evidente para quien considere este asunto en profundidad. En consecuencia, cuento con presentarme con esta sola inocencia, sin ninguno de los medios utilizados tradicionalmente en este género de procesos, y que aumentan la pompa, el aspecto teatral, cosas todas que me repugnan.

Por otra parte, por lo que respecta a mi moralidad, no es menos evidente que, de cara a la ley y la moral social, estoy algo desprovisto de ella, puesto que he cometido tres robos a mano armada. Sería, pues, inútil que tal o cual persona, por prestigiosa y honorable que fuese, viniera de cualidades morales. Sobre este particular, no puedo oponer a mi pasado más que mi presente, lo que era durante mi detención, los diplomas que he obtenido en la cárcel. Además, no tengo por qué utilizar ni siquiera mínimamente testimonios de moralidad para establecer mi inocencia en el asunto Lenoir.

Soy inocente porque lo soy. Y no porque una serie de personas se avengan a subrayar tal rasgo de mi carácter, de mi comportamiento, etcétera. Es sabido, por otra parte, que muchos asesinos conocidos eran hombres tremendamente amables y de aparente moralidad y naturaleza apacible. Resumiendo: me propongo que se juzgue el fondo del asunto, y creo contribuir en la medida de mis posibilidades a despojar este proceso de cualquier artificio que pudiera ocultar lo esencial.

Pierre Goldmann».

### El desenlace

A las 0,15 horas de la noche del 13 al 14 de diciembre llega la decisión:

«... En consecuencia... el Tribunal condena a Pierre Goldmann a cadena perpetua».

En la sala se produce un tumulto. El público en masa, gente joven, cincuenta abogados, numerosos periodistas conocidos, saltan de los bancos para insultar a los jurados. El grito de «jurados asesinos» se extiende. Muchos se abren paso hasta Goldmann para abrazarle. Todos gritan: «¡Inocente!». El padre de Goldmann le besa e intercambia unas palabras con él; se acerca al estrado del jurado y les escupe. Gran parte de asistentes le imitan. Los guardias logran esposar a Pierre y llevárselo. El presidente no se atreve a hacer evacuar la sala. Es la una de la madrugada. La justicia ha convertido una muy discutida verosimilitud en verdad sin paliativos. Los jurados han obrado por su «íntima convicción» de poseer la verdad. Los Pierre Goldmann de este mundo encontrarán razones cada vez más poderosas para ratificarse en su extremismo, acorralados por una sociedad que no hace otra cosa que seguir su lógica, ya que para ella son más peligrosos que cualquiera que hubiera podido ser el verdadero autor del atraco a la farmacia del boulevard Richard Lenoir.

Al día siguiente, visitado en la cárcel por una amiga, que le pregunta cómo ha soportado el golpe, Pierre responde: «Ver a todos estos amigos ha sido mi mayo del sesenta y ocho».

Se ha constituido un Comité de Justicia pro Pierre Goldmann para canalizar las iniciativas tendentes a presionar para que la injusticia que pesa en el ánimo de todos sea reparada. Van a organizarse ruedas de prensa inmediatamente, y está prevista la constitución de un libro «dossier» sobre el caso. El día 19 de diciembre, cinco años exactos después, una reconstrucción metódica tendrá lugar en el boulevard Lenoir en presencia de abogados y magistrados para volver a examinar uno por uno los testimonios que han servido para condenar a Pierre Goldmann.

Pierre ha apelado, procedimiento complicado y difícil en la legislación francesa. Para que la apelación sea concedida, han empezado a llover firmas. Entre las primeras:

Joseph Kessel, Claudé Sautet, Patrice Chereau, Jean-Michel Folon, François Perrier, Eugene Ionnesco, Régis Debray, Pierre Guidoni, Françoise Sagan, Roger Planchon, Anne Philippe, Chris Marker, Ariane Mnouchkine, André Gorz, Pierre Mendès-France. ■

PEDRO ROQUE.

